



TRANSICIONES

VÍCTOR ESPINOZA VALLE

Los partidos y la personalización

Entre otras muchas aportaciones, el profesor italiano Giovanni Sartori ha reflexionado sobre la relación entre los partidos políticos y la personalización de la vida pública. Dice Sartori que en sistemas electorales donde se privilegian las candidaturas en distritos uninominales se concentra la atención del ciudadano en los candidatos y no en los partidos políticos; además, es todavía más fuerte bajo sistemas políticos presidencialistas donde el personaje tiende a sustituir a la institución. Lo contrario sería donde se elige a través de listados y en sistemas parlamentarios, en los que la figura del Primer Ministro o Jefe de Gobierno es neutralizada por las cámaras.

Como sabemos, nuestro sistema político es presidencialista y elegimos a los distintos candidatos por distritos de mayoría de manera privilegiada, combinando la representación proporcional. Históricamente el Presidente ha sido quien ha conducido los destinos del País; apenas recientemente conocimos lo que es el Gobierno compartido y cierto equilibrio de poderes. Los contrapesos al poder presidencial son novedad dentro de nuestra cultura política. El autoritarismo caracterizó nuestra vida posrevolucionaria y por eso los cambios en la cultura presidencialista son apenas perceptibles. Esto se reproducía a todo lo largo de la geografía nacional en los estados y los municipios. A los poderes ejecutivos y a quienes los encarnaban atribuimos toda suerte de capacidades para resolver cualquier problema, por nimio que fuera. Eso llevó a que Enrique Krauze calificara a la institución como una "Presidencia imperial"; donde el Ejecutivo federal era omnipotente y depositario de un poder ubicuo. Incluso los saldos de la reforma del Estado que llevaron a cabo Miguel de la Madrid y Carlos Salinas de Gortari los resumió certeramente Carlos Monsiváis: "En México a menor Estado hemos tenido mayor presidencialismo", que informaba de lo que había significado el redimensionamiento del poder en el proyecto de modernización más ambicioso que se recuerde.

Esa cultura política ha sido totalmente negativa para el sistema de partidos pues la institucionalización de su vida interna pasa por contrarrestar los liderazgos tradicionales y la personalización de la política. Los partidos han sido instrumentos al servicio de los presidentes por más de siete décadas. Inexistentes algunos, otros han sido oposición leal y muchos más simples comparsas y satélites del partido oficial. Por eso hoy reman contra la corriente: Los ciudadanos no creen en ellos y son sólo vistos como instrumentos de grupos y de personajes. Si a ello agregamos que tienen que luchar entre ellos por las clientelas electorales, cada vez más escasas, recurriendo a campañas semejantes que los hacen indistinguibles, podremos imaginar la magnitud del reto que habrán de enfrentar para consolidarse y transformar nuestro débil sistema de partidos.

La personalización de la política es parte estructural de nuestra forma de ver y concebir la vida pública. Las crisis recurrentes, económicas y políticas, son atribuidas a personajes siniestros, inteligentes, maquiavélicos, enfermos de poder. Hasta hoy comienzan a ser de carne y hueso, con las debilidades y virtudes de cualquier persona. Además, ha sido más fácil culpar a un solo personaje de todas las desgracias por las que hemos atravesado como Nación: Echeverría y López Portillo saquearon al País; Carlos Salinas de Gortari se convirtió en el depositario de toda la maldad. A éste último lo convertimos en el diablo de la política mexicana. Esta semana escuchaba una intervención radiofónica del diputado federal Martí Batres que es fiel reflejo de esta explicación tan mexicana de nuestras desgracias: Demandaba impedir la entrada del ex Presidente a nuestro País; y todavía más: Apresarlo para que pagara por todas sus culpas. En su opinión no debería gozar de derechos políticos y prácticamente ser quemado en la plaza pública, si se atrevía a poner un pie en nuestra Patria.